

Humor, sencillez y profundidad en *Tiempo de vivir* del rabino Marcelo Rittner

Judit Bokser Liwerant

El destacado estudioso judeo europeo Hans Kohn solía distinguir dos tipos de cultura o, más genéricamente, de humanidad: aquella que correspondía a los pueblos del tiempo, a los que llamó también auditivos, y aquella de los pueblos del espacio, o visuales. Así, por ejemplo, los griegos fueron un pueblo del espacio, de las artes plásticas, del sentido de la vista: el "ojo del mundo" como los llamó alguna vez otro estudioso. Su gran don fue el de ver, y su filosofía, al igual que su arte, fue plástica, pues ordenó el espacio, lo transformó.

En contraste con ella, la cultura judía se despliega en el tiempo, en la historia, en una historia milenaria por cierto. El judío vive dentro del tiempo. Según Kohn, no ve tan claramente como oye; su órgano sobresaliente es el oído y su forma, el llamado. A ese pueblo, por tanto, la conciencia del tiempo le es esencial.

A partir de esta caracterización, que yo encuentro particularmente lúcida, el libro del rabino Rittner es un homenaje al tiempo, y recoge lo más esencial de esta tradición cultural judía, esta vez, como *Tiempo de vivir*.

Partiendo de la sabiduría de *Kohelet*, en la que se define que hay un tiempo para todo, un tiempo de nacer y un tiempo de morir,

uno de plantar, y uno para arrancar lo plantado, tiempos de llorar y de reír, de amar y de serle indiferente al amor, entre otros, esta obra se estructura en cuatro tiempos particularmente imaginativos: el tiempo para meditar, el de celebrar, el de recordar y el de compartir. A través de estos momentos, en los que se recogen las reflexiones, pláticas y prédicas que el rabino Rittner ha ido construyendo a lo largo del ejercicio de su oficio, que se deja traslucir como una profunda vocación, este libro, de lectura amena y ligera, siembra en efecto en el lector la semilla de aquel tiempo con que inicia, el de la meditación. Valga destacar que recupera en la palabra escrita el dinamismo coloquial de quien habla, de quien hace un llamado.



Karen y Gabriel Rittner durante la presentación de Tiempo de Vivir



En la firma de los libros

Tras definir genéricamente el tiempo de vivir, a partir del primer cuento —“El hijo del rey”— se inicia, pues, el de la reflexión, que nos lleva más allá del aquí y ahora, más allá de lo cotidiano e inmediato, a pensar en la aventura que es el tiempo de vivir cuando éste significa la capacidad de volar alto, de tener aspiraciones, proyectos y metas; de comprometernos con propósitos de gran alcance, alcanzarlos, para luchar por ellos aunque estén distantes, y a través de un paralelismo interesante, el del Juego de Damas como juego de la vida, avanzar paso a paso y gradualmente hacia ellos. En este camino, muchos y muy variados son los elementos que el rabino Rittner incorpora: el valor del otro en la vida de uno, que los define como un regalo; la capacidad de elevarse por sobre los muros obstáculos que nos rodean y poner en juego la imaginación, imaginar la vida porque uno la ama, tal como se trasluce en ese aleccionador cuento que es “El muro”. Y continúan transitando frente a nosotros reflexiones en torno a la verdad, la felicidad, los diversos valores que acompañan al ser humano y la convivencia humana. Permítanme destacar de este primer tiempo una concepción fundamental que acompaña al texto. Junto al agradecimiento a Dios —en ese *Baruj Hashem* particularmente sensible— está presente una concepción del hombre como actor de su vida, actor de su condición,

de sus actitudes y acciones frente a la vida. Frente a sí mismo, frente al otro, a los otros —sea su comunidad o su pueblo— frente a su pasado, sus tradiciones y costumbres que “no son sólo para los niños”.

Si dijimos que por transitar en el tiempo y ser un homenaje al tiempo, este libro se inserta en lo más profundo de una trayectoria cultural judía, por esta postura profundamente humana e histórica del judaísmo, se inserta, a su vez, en el legado ético judaico. De un judaísmo entendido, no como dogmas de fe o sujeción sino, entre otras, como la interpretación de la voluntad de Dios mediante la acción.

Acción humana, voluntad, responsabilidad, elección y decisiones que son parte esencial de ese monoteísmo ético que se expresa en aquel pasaje del Deuteronomio, que me evocó la lectura del texto: “Mira que pongo ante ti en este día una bendición y una maldición... He puesto ante ti vida y muerte, bendición y maldición: por lo tanto, elige la vida”. En esta trayectoria vital y humana, volitiva y ética, el rabino Rittner comparte su tiempo de meditar para, en efecto, elegir la vida, y su texto es por ello un aporte a la calidad de vida que se elija.

El segundo tiempo del libro está abocado a la celebración, al tiempo de celebrar. Y esta celebración conjuga los momentos propiamente festivos con aquellos menos realizados por el calendario, aquellos que fluyen cotidianamente en nuestras vidas, y que ultimadamente son los mayoritarios. Por ello no es casual que el festejo se inicie a través de una confesión honesta y sensible, con la celebración de los hijos. Junto a ellos, y para no dejar de meditar en la celebración, ubica en el trasfondo aquel episodio bíblico fundador, el de la relación primaria entre Abraham e Isaac.

A su vez, las festividades religiosas y nacionales que componen este apartado son abordadas desde una interesante óptica: la del simbolismo individual y colectivo que ellas encarnan y representan, como otro recurso para celebrar el tiempo de vivir. Así, el rabino Rittner acude a un Yom Kipur en que, junto a Serrat y al Rabi Najman de Bratslav, piensa la vida; la aparente fragilidad de una Suká; Janucá, o el imaginativo *Ma Nishtaná* para festejar la independencia de Israel.

Permítanme en esta ronda de celebraciones prestar especial atención a la disquisición que acompaña el festejo de Purim. Junto al rabino aparecen entonces el sociólogo y el hombre de nuestro tiempo, y reclaman conjuntamente el derecho a ser diferente, la especificidad judía, como el grupo diferente por excelencia, y la diferencia en sí, como antídoto a toda forma de totalitarismo que cancela la diversidad.

Recordar es el tercer tiempo del libro. Recordar el pasado para vivir el presente y poder construir libremente el futuro. El recuerdo de la biografía personal y el de la circunstancia histórica de nuestro pueblo. Recordar a los nuestros, recordar el Holocausto. Recordar para entender tal vez lo incomprendible, pero en todo caso como acto necesario, resultado de esa confianza en el saber como instrumento probable para evitar. Recordar como expresión de la responsabilidad que sobre nosotros recae por sabernos hombres y mujeres en el tiempo, pueblo del tiempo. Lo que hacemos o dejamos de hacer será irremediamente el pasado de nuestros hijos, y pesará sobre ellos.

Por último, llegamos a la cuarta estación temporal, el tiempo de compartir, en que el rabino Rittner nos dice expresamente que desea abrir frente al lector aquellos momentos significativos de su vida privada: su trayectoria

personal, la *Smijá*, su estancia en Israel, la pérdida de sus padres o el Bat Mitzvá de sus hijas.

De este tiempo nos queda claro que su oficio, su vocación dijimos, le ha significado cancelar más de una vez los límites entre lo privado y lo público; borrar, tal vez, los límites entre su tiempo individual y familiar y el comunitario. Entendemos que lo ha asumido, y ambos, por tanto, configuran su *Tiempo de vivir*. Juntos, ambos momentos lo acompañan en su permanente desafío por abrir puertas, por superar, en sus palabras, las "puertas cerradas".

Considero oportuno, para finalizar este comentario, destacar un aspecto central del libro, que lo inserta en otro de los ejes fundamentales de la trayectoria judía, esto es, el existencial. Retomando lo más destacado de aquella trayectoria jasídica que Martin Buber rescató para nuestro tiempo, el rabino Rittner encuentra en el relato, la anécdota, la parábola y el cuento, un modo de acercar los cuatro tiempos de la vida a la existencia personal del lector. Provisto de la sencillez que convierte en cálida y cercana cada una de las historias y reflexiones, y conjugando el sentido del humor con la profundidad del pensamiento, el libro forma parte de esa tradición judía existencial, en la cual lo cotidiano y lo común apelan a nuestro cotidiano, y nos permiten encontrar en él el sentido humano y aún, por qué no, divino de la vida en este planeta, nuestra vida.

